Vida auténtica de Jesucristo

Laurentin, René (1988)

Me he pasado medio siglo estudiando los Evangelios de la infancia (Mt 1-2 y Lc 1-2, y el resto). Siempre he entrevisto la riqueza de estos Evangelios, nutridos de todo el Antiguo testamento, que reactualizan de una manera maravillosa, e inspiradores de la alegría de Navidad, desde hace dos mil años.

Y, sin embargo, seguía yo seducido por la actitud iconoclasta cultural del ambiente, una actitud procedente del racionalismo liberal: estos primeros capítulos eran leyendas tardías, theologoumena, es decir, relatos ficticios fabricados para expresar ideas teológicas entrañables a los creyentes, se repetía.

Mis primeros trabajos, que manifestaban la riqueza bíblica de estos Evangelios, consiguieron una amplia estima en el mundo exegético a escala ecuménica. Caracterizaba yo estos Evangelios como Midrashim. De ahí se inducía que yo los tenía por fábulas, lo que se ponía en mi activo de "progresista". De hecho, yo no me atrevía demasiado a plantear el problema de la historicidad, ampliamente puesto en duda. Hacía abstracción del mismo. La de Lucas presentaba buenas razones para convencerme: su prólogo de historiador, su afán de basarse en testigos "oculares" (1,3), sus transparentes referencias a estos testigos, etc. Pero me apartaba de Mateo.

Es esas estaba, el año 1966, cuando la Congregación de la fe me nombró miembro de una comisión encargada de evaluar la historicidad de estos primeros capítulos tan desacreditados. Mi juicio quedó en suspenso, como convenía.

Fue en 1980 cuando me atreví a abordar el estudio específicamente histórico de estos Evangelios. Con él se disiparon las dudas nocivas que oscurecían mi penetración del texto, desarraigándolo. El exégeta anglicano R.T. France me ayudó mucho en la tarea. De este modo me liberé de esa desestabilización que hace decir a ciertos sacerdotes:

-Yo no me atrevo ya a predicar sobre los Evangelios de Navidad, puesto que son leyendas.

Más allá de las artificiales sospechas de nuestra brillante y creadora cultura, no tengo ya dificultad alguna para evocar la verdad humana (y divina) de Jesús ni del pesebre de Belén, pues el artificio reside en nuestras sutilidades culturales, no en el Evangelio.

Este retorno a la evidencia ha sido un perjuicio para mi reputación. Me encontré etiquetado de fundamentalista: como autor a desaconsejar. Pero no lamento demasiado esta pérdida de prestigio, porque, liberado así de dudas debilitantes, calibro con mayor objetividad la calidad, la originalidad, la profundidad de estos Evangelios. Me siento cada vez más superado, sumergido, maravillado por su expresión, a la vez nueva, límpida y profunda, del misterio inexpresable de la Encarnación. Voy discerniendo más y más su densidad, sobre todo en las páginas esenciales en que Dios ha concentrado su Luz y su Amor.

Los mismos evangelistas se sentían superados por lo que escribían. Eso es lo que constituye su propia presencia. Si se sabe leer y analizar los Evangelios en esta misma superación, se descubre objetivamente en ellos profundidades humanas y divinas, que no son en modo alguno proyecciones exteriores, sino penetración del texto mismo, discernimiento de su insospechada densidad.

Cada uno de los métodos científicos así aplicados a los Evangelios de la infancia me ha hecho descubrir, en el contenido literal de los textos, unos valores y una coherencia insospechados. Se lleva a cabo esta feliz experiencia cuando se emplean las ciencias humanas como instrumentos, a la luz de la fe, y no como escalpelos para una disección destructora, a la luz del racionalismo.

Ya los Padres griegos se vieron obligados a profundizar y revisar ese instrumento cultural que era la filosofía griega, para dar cuenta de la unidad personal de Cristo: "Uno en dos naturalezas", o la unidad de Dios en una Trinidad de personas (R. Laurentin, Comment concilier la foi et l'exégèse?, París, Oeil, 1984).

Desgraciadamente, este redescubrimiento objetivo de los Evangelios no ha sido reconocido. Es considerado, a priori y sin examen, como algo ingenuo, subjetivo, marginal. Cualquiera que perciba la autenticidad de los Evangelios es etiquetado como "fundamentalista", aun cuando sea extraño al simplismo que se estigmatiza con este vocablo.

Los maravillosos frutos de la objetividad científica, recobrada hoy por muchos, más allá de las ideologías, permanecen desconocidos. Si mis primeros trabajos exegéticos fueron unánimemente apreciados, incluso por R. E. Brown, mientras no abordé la historicidad de los evangelios, cuando, en 1983, rehabilité esta historicidad, fui tratado como un marginal o atacado. Por otra parte, R. E. Brown no ha discutido mis argumentos, se ha limitado a poner banderillas, sin interés para el progreso del debate, en sus diferentes libros, artículos y conferencias, contra mi persona.

En compensación, mi perseverante rehabilitación de los Evangelios de la infancia me ha valido ganar muchos amigos en todos los estratos sociales y en todos los niveles: profesores de facultad, artesanos o alguna granjera, que guardan en buen

lugar Les Évangiles de l'enfance (1982) y Les Évangiles de Noël (1985) como libros de cabecera. Y es que la intimidad y la connaturalidad con Cristo suplen a menudo la falta de formación técnica que permite acceder a la comprensión esencial de los textos inspirados, según el adagio del mismo Cristo:

"Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños" (Mt 11, 25-27 y Lc 10, 21-22).

Esta Vida de Jesús ha sido escrita para hacer descubrir a Jesús, sepultado bajo nuestras inculturaciones reductoras, y destruido por tantos best sellers más o menos dominados por las influencias racionalistas, anticlericales, anticristianas o antirreligiosas de hoy, que quieren conservarle una cara simpática (¡gracias!), siempre que sea un cero entre los ceros de aquí abajo.